

UN ANÁLISIS SOBRE LA INQUIETUD VITAL Y EL MIEDO A LA MUERTE

Domingo Fernández Agis

Catedrático de Universidad

Facultad de Humanidades. Universidad de La Laguna

RESUMEN

¿Cómo romper el silencio que tantas veces acompaña a la angustia que se siente ante los retos de la vida y en la vivencia estremecedora que suscita el temor que se experimenta al pensar en la muerte? A tal efecto, el artículo se adentra en primer lugar, en una reflexión sobre el existir humano y el anhelo de prolongación indefinida de la existencia, abordándose, por otra parte, el propio miedo a la muerte de los seres humanos, realizándose una mirada hacia el pasado histórico en relación con estos conceptos, y a la necesaria apuesta de incrementar la atención y el cuidado de las personas mayores. También se hace referencia a la relación entre medicina y transhumanismo, y a la mecánica de éste en relación con aspectos como el dualismo entre el alma y el cuerpo, concluyéndose lo imprescindible de un adecuado estudio sobre la forma en que se aproximan la cultura y el progreso científico-tecnológico, las implicaciones éticas en este ámbito, así como la existencia de un cierto determinismo futurista en el posthumanismo.

1. INTRODUCCIÓN

Tomando como base una verdad concluyente, podemos prestar atención a las líneas de pensamiento que pueden conducirnos al encuentro con otras impactantes verdades.

La elección del punto de partida no sólo abre o cierra la posibilidad de alcanzar la meta añorada, sino también el ritmo que va a seguirse para acercarnos a ella.

Tal meta puede estar tildada por los adjetivos vitales del ser o de la nada. Ha de hablar de sí, haciendo constatación de la presencia o la ausencia de determinados factores influyentes.

En todo caso, para adentrarnos en una reflexión sobre el existir humano y el anhelo de prolongación indefinida de la existencia, a través de un ejemplo simple y a la vez consecuente con la actualidad, podemos tomar como punto de partida la alusión a un ingenio mecánico de gran relevancia y problematicidad en la vida cotidiana en estos momentos. Así pues, por hacer alusión a algo muy obvio, podríamos referirnos como ejemplo a lo que sucede con una máquina, cuya existencia puede prolongarse de forma indefinida mediante la sustitución de sus componentes. Es evidente que un complejo ingenio mecánico está compuesto por una enorme cantidad de piezas, unas más simples, otras más complejas, de diferentes tamaños y funciones. Cada una de estas piezas puede desempeñar la función que se le ha asignado durante cierto tiempo, transcurrido el cual, la pieza en cuestión se rompe y habrá de ser reemplazada por otra.

En cierta forma, ese cambio de la primera pieza que pierde su operatividad hace que la máquina ya no sea exactamente la misma, aunque nadie, ni siquiera la persona a quien pertenece, diría tal cosa.

Partiendo de dicha contextualidad, podemos imaginar una máquina siempre en perfecto estado, si contamos con la posibilidad de ir reemplazando cada pieza que se rompa.

Es posible pensar en tal caso que, al cabo de un gran número de piezas sustituidas, la máquina llegue a ser *realmente* otra, es decir, que no quede ya en ella casi ninguna pieza del ingenio mecánico que, en su día, se adquirió. A pesar de ello, nadie tendría dificultad en seguir considerándolo el mismo ingenio mecánico. Todas sus características fundamentales permanecen idénticas, al tiempo que el envejecimiento relativo de algunos de sus componentes nos permite adoptar ciertos referentes que lo individualizan como *nuestro* en particular.

2. LUCES Y SOMBRAS

Si alguien, por alguna razón, quisiera introducir un límite en el proceso, ¿qué sucedería? ¿Qué señal podría incorporarse que nos permitiera establecer un límite, a partir del cual consideraríamos que la máquina en cuestión había pasado a ser *otra*?

Ese límite tendría que quedar indicado, al señalarse por denotación una pieza o un conjunto de ellas, cuya sustitución conllevaría el *deber* de considerar la máquina como *otra*. Esa arbitrariedad se trataría de corregir indicando la pieza o piezas de más larga vida o de más difícil sustitución. Pero, ni siquiera esto eliminaría por completo el carácter potencialmente pluralista de la elección. Siempre, en efecto, se podría cuestionar la conveniencia o no de la elección que se ha realizado.

Traslademos ahora estas ilustrativas especulaciones a un ser vivo, en concreto al ser humano.

Muchas personas estarían de acuerdo en considerar el paralelismo entre los órganos vitales y las piezas básicas de un mecanismo artificial. Sin embargo, la vida no puede ser prolongada de forma indefinida. Cada vez que nos habla de sí misma, la vida utiliza un lenguaje singular, en el que siempre parece coexistir con una resignada apelación a la muerte. Para muchas partes de nuestro cuerpo, la sustitución continua de sus componentes básicos es algo normal. Un claro emblema común de muchas patologías es el que observamos cuando dicha sustitución queda bloqueada. Por otra parte, la cirugía de trasplantes permite ya sustituir los órganos que puedan haber sufrido un daño irreparable. Es cierto que el cerebro y el sistema nervioso están compuestos de células que, hasta ahora, únicamente en circunstancias muy determinadas pueden ser regeneradas. La casi imposibilidad de regeneración de estas células es lo que asegura la constancia relativa del individuo. Pero también, este órgano podría llegar a ser trasplantable, como ya se está intentando.

En tal caso, tendríamos que admitir que el mencionado resultado marca la transformación de la persona en cuestión en un ser diferente. Tan mortal como lo era originalmente, sin embargo. Cabe preguntarse si esto será siempre así. En ese sentido, podríamos decir que es muy posible que la respuesta más adecuada sea *no*. Siempre y cuando, claro está, entendamos el referido trasplante como trasplante de cuerpo y no de cerebro. Aún así, no podemos dejar de considerar el profundo valor subjetivante que en su totalidad el cuerpo posee. En consecuencia, la anulación de la individualidad no debe ser considerada como el precio a pagar para la prolongación de la vida.

En efecto, podemos pensar en un mundo en el que los seres humanos pueden sucumbir de una singular manera a su propio miedo a la muerte, permitiendo que todas y cada una de las piezas de su organismo vayan siendo sustituidas, tratando de prolongar así su vida indefinidamente. Aunque también cabe pensar que igualmente podrían sucumbir a una imposición social que marcara la finitud vital y a su propio deseo de dejar de existir, impidiendo que se prolongue su vida más allá de lo que se lograría mediante la sustitución del cuerpo que sostiene y es sostenido por su cerebro.

Como concluye Dagoberto, “finalmente, en sus ínfimos refugios celulares, el viviente extrae su individualidad de un sistema informacional, del cual nosotros conocemos las leyes y principios de funcionamiento. Un descubrimiento como este transforma la biología, la aproxima (...) a disciplinas

escriturales y nos conduce a comprender *el cuerpo* que se autorreproduce como el equivalente de un texto sometido a un incesante recopiage” (Dagognet,1997: pp. 177-178).

3. UNA ILUMINADORA MIRADA HACIA EL PASADO

Para continuar con nuestras reflexiones sobre el tema que nos ocupa considero que tienen gran interés las aportaciones que realiza Jean-Nicolas Corvisier en su artículo titulado “La vieillesse dans le monde antique: aspects démographiques et conséquences sociales”, publicado en 2018 en la revista *Cahiers des études anciennes*.

Plantea en dicho trabajo, a propósito de las correlaciones establecidas entre las diferencias sexuales y el desarrollo de la vida, considerada desde las perspectivas individual y social, que “el nudo del problema reside en que la concepción de los antiguos está, en materia de diferencia sexual, condicionada por el rol de procreadoras atribuido a las mujeres; desde el momento en que ellas no pueden desempeñarlo, pierden lo esencial de su interés y quizá no vuelven a ser citadas. Para Platón, hombres y mujeres son igualmente numerosos en la sociedad. Aristóteles aparenta tener la misma opinión, aunque los pasajes que se evocan sobre este tema son poco explícitos. Más clara es su posición sobre la duración máxima de la vida ; de naturaleza más cálida, los varones llegan a ser más viejos que las mujeres. La vejez es percibida como el enfriamiento que precede a la muerte” (Corvisier, 2018: p. 22).

En su opinión, de ese modo lo pensaban en la antigüedad “los estoicos, pero no siempre los médicos” (Corvisier, 2018: p. 22).

En todo caso, desde hace siglos en muchas ocasiones se ha aludido al más elevado calor corporal como una característica de los varones, que influye positivamente en la prolongación de sus vidas. Se ha considerado muchas veces que un rasgo esencial en la definición de la muerte es el enfriamiento total y que las mujeres caen con mayor facilidad en él.

Obviamente, hoy sabemos que eran otros los factores que incidían en que fuese más frecuente que las mujeres fallecieran antes de alcanzar el envejecimiento. Pensemos, ante todo, en que empezaban a procrear jovencísimas y en todos los problemas de salud que en la antigüedad conllevaban los embarazos y los partos (Corvisier, 2018: p. 30).

Aun así, no es justo dejar de poner de relieve que para los estoicos, “el cuerpo debe ser comprendido en términos energéticos (una tensión inmanente tiene el organismo, lo que asegura su cohesión y su dinamismo)” (Dagognet, 1997: p. 96). En definitiva, como vemos, de esta sugerente idea se realizó una interpretación empobrecedora. Siglos más tarde, Galileo supo abrir a partir de una brillante interpretación una línea expositiva e indagatoria que no ha dejado de dar frutos hasta nuestros días. Entre otras cosas, dejando al margen las connotaciones machistas de las más antiguas interpretaciones.

Cuando se aproxima a las líneas finales de su trabajo, afirma Jean-Nicolas Corvisier lo siguiente:

“Dos puntos merecen ser puestos de relieve: la vejez es rara pero no excepcional en el mundo antiguo, puesto que alrededor de 1 recién nacido sobre 10 podía llegar a los 60 años; los 60 años y más no constituían la cuarta parte de la población total como en nuestros días, sino entre el 6 y el 8%. ¡Había por tanto un buen número de ancianos en la antigüedad y la hiper-vejez no era desconocida! Pero, por otra parte, incluso demográficamente, el mundo antiguo es un mundo de adultos que saben que pueden y deben aceptar a los niños, pues pueden modelarlos, pero que los ancianos deben acomodarse al cuidado de su cuerpo. Según las edades y las culturas, se oscila entre una visión negativa y una visión positiva de la vejez. El envejecimiento y la muerte son considerados como fenómenos normales que se pone gran empeño en ocultar como sucede frecuentemente también en la actualidad. Las atenciones a los ancianos tienen por tanto una doble orientación. Se les reserva la función de aconsejar y el papel de transmisores de los valores cívicos y familiares, pero se ponen en duda sus facultades como decisores. Honrarlos

permite también justificar que los adultos tomen su lugar (...) salvo, claro está, en el caso en que ellos pueden todavía ocuparlo” (Corvisier, 2018: pp. 30 - 31).

En el momento actual, un caso muy elocuente y significativo es el protagonizado por Bertrand, un ciudadano francés de 61 años, afectado por la enfermedad de Charcot, una patología neuronal incurable denominada también “Esclerosis lateral amiotrófica”.

Él estaba decidido a someterse a la eutanasia, pero al empezar a recibir los adecuados cuidados paliativos en octubre de 2022, renunció a someterse a ella y realizó esta emotiva y elocuente declaración sobre la apreciación de la vida: “Cada instante tiene su valor”.

Sus palabras contienen una profunda apuesta por la vida, en admirable equilibrio con una honorable aceptación de la muerte.

Retornando a la iluminadora atención al pasado, hemos de decir que, en opinión de Corvisier:

“En el mundo romano vuelve a aparecer este conflicto entre vejez respetada y vejez burlada. Los textos jurídicos de la República dan testimonio del gran respeto y prestigio otorgado a las personas ancianas en la familia y la sociedad romana, incluida la obligación alimentaria. En el derecho arcaico, y sobre todo clásico o post-clásico, la edad de 60 años daba acceso a ciertas ventajas y privilegios ligados a la pérdida de aptitudes físicas e intelectuales. No obstante, esta imagen positiva de las relaciones de la sociedad con los ancianos, no siempre corresponde a lo que sucedía en la práctica. Como puede apreciarse en los textos literarios, también eran objeto de burlas, desprecio, animosidad e intolerancia por parte de sus descendientes, tanto en el seno de la familia como en la vida pública. Su muerte daba pena, suponía duelo, pero era considerada natural. Su sobrerrepresentación en los epitafios romanos muestra solamente cómo la memoria y el duelo se sentían en la familia y en la sociedad” (Corvisier, 2018: p. 30).

En esa línea se ha ido avanzando a lo largo de los siglos y hemos de seguir apostando hoy en día por el incremento de la atención y el cuidado a las personas mayores.

4. MEDICINA Y TRANSHUMANISMO

Entre los autores clave para abordar la cuestión de la relación entre medicina y transhumanismo, podríamos destacar en primer lugar a Peter Sloterdijk, del que vamos a hablar a continuación.

En su obra, *Las normas del parque humano*, señala que el humanismo es un producto del mundo cultural greco-latino. En su opinión, esta ideología no funciona hoy en día. Por ello cree que es necesario otro sustrato ideológico que la remplace. A su juicio, sería el posthumanismo. En efecto, para él, no existe ninguna ideología diferente a la transhumanista que pueda cumplir esta misión.

El sueño de un ser humano mejorado se basa en la economía de las promesas. Pero la economía de las promesas es bastante productiva. Mucho más de lo que se suele pensar. En efecto, el transhumanismo es hoy la base del más prometedor comercio de la esperanza. Nos dejamos conducir, sin saberlo, por la divisa olímpica: “Más rápido, más alto, más fuerte”.

Hay que recapacitar sobre la situación de indeterminación del ser humano, que no ha conseguido encontrar su lugar entre el mundo animal y el ámbito de lo divino. Pero es absurdo pensar que el ser humano va a entrar en un terreno en el que todos los problemas van a ser resueltos. Hay que admitir que un mundo sin problemas, sin dificultades, sin permanentes retos vitales, no es un mundo real. Desde esta perspectiva hemos de considerar que los cyborg no constituyen ya una esperanza, sino que son una realidad. No debemos lamentarlo, ya que la utopía de un ser humano transformado o corregido no es algo que necesariamente merezca ser interpretado en clave negativa.

El posthumanismo habla de la posibilidad de programar de nuevo los códigos y los fundamentos biológicos, para vencer así a la enfermedad y a la muerte. Nos conduce a replantear los mitos de la eterna juventud y de la inmortalidad. Pero, como afirmó Sartre, «la muerte transforma nuestra vida en destino». Así pues, ella es una incitación permanente a vivir con intensidad y también a pensar la vida en profundidad. A su entender, la enfermedad no es una anomalía, ni la muerte tampoco.

Sobre la ilusión de la inmortalidad hay que recordar que Kurtzweil ha realizado la predicción del logro de la inmortalidad en torno a 2045. En lograr tan increíble objetivo está empeñada entre otras la empresa CALICO, creada por GOOGLE. La finalidad que pretende lograr es, según han dicho sus directivos, “matar a la muerte”.

Con respecto a los modelos médicos implicados en la medicina de estos momentos, hay que destacar y diferenciar los siguientes. En primer lugar, el modelo terapéutico, que persigue la reparación. En segundo término, el modelo de aumentación de las cualidades humanas, que persigue el logro de un ser humano aumentado.

5. LA MECÁNICA DEL TRANSHUMANISMO

Al hablar de las transformaciones tecnológicas de la existencia humana y la vida cotidiana, hemos de mencionar que durante muchos años se ha pensado en la técnica como una prolongación del cuerpo humano. Hoy la vemos como un instrumento de mejora y también como un instrumento de transformación. Pero esto no es tan novedoso. Ya los representantes del movimiento futurista, surgido en la Italia de los años 20 del pasado siglo, como Marinetti, tenían una interpretación muy próxima a la del transhumanismo actual.

El tecno-progresismo y también el tecno-transgresismo son posiciones científicas y políticas de plena actualidad. La transgresión es algo constante cuando se hace del progreso un objetivo acrítico de la existencia humana.

Existe hoy en día, y está muy extendida, una ideología del solucionismo tecnológico. Pese a lo que esa ideología sostiene, no es posible encontrar una solución tecnológica a todo problema que se presente.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que se están produciendo también transformaciones tecnológicas de las relaciones del ser humano consigo mismo. En ese sentido, podemos hablar del progreso en la utilización de técnicas para imitar las redes neuronales.

También ha de abordarse la relevancia e influencias de las tecnologías de la comunicación. En efecto, han de estudiarse con mayor profundidad las modificaciones que estas tecnologías producen en el cerebro, así como en las capacidades reales de comunicación y relación entre los seres humanos.

En líneas generales, hemos de considerar que la tecnología no es neutra. Ella siempre cambia el mundo de una cierta manera. Su creación es la respuesta a una planificación, su uso presta atención a ciertos deseos. En el fondo, el neutralismo tecnológico es una utopía de ocultamiento. Por lo demás, podemos observar una influencia cada vez mayor de la fusión entre la ciencia y el capital en el mundo moderno.

Además de ello, es necesario correlacionar las tecnologías convergentes y la convergencia entre los poderes establecidos. Por ejemplo, la utilización de la nanotecnología para crear aparatos susceptibles de modificar el comportamiento humano. El coste que ello puede tener es considerable. En cierta forma, podemos considerar como tal el riesgo del hundimiento colectivo. El ser humano se adentra en el interior de la caja cerebral para ver cómo funciona. Pero es muy difícil percibir el funcionamiento particular de cada operación mental.

Vuelve a aparecer, bajo otra forma, lo que ancestralmente se consideraba el dualismo entre el alma y el cuerpo. El posthumanismo puede ayudarnos a pensar de otra manera la dicotomía alma/cuerpo. El cuerpo humano no es pasivo, como se ha pensado con frecuencia. Todo lo contrario. Podemos mejorar nuestra toma de control sobre nuestro propio cuerpo, pues no hay que olvidar nunca que la plasticidad cognitiva humana es muy grande, así como lo son sus múltiples aplicaciones.

Otro aspecto esencial es el desarrollo de sistemas expertos. En tal sentido, hay que subrayar que es difícil comprender y aceptar que una inteligencia artificial que no tiene conciencia de sí, pueda alcanzar tantos objetivos complejos y, en un buen número de casos, mucho mejor que nosotros. Por ejemplo, resulta impactante su eficiencia en algunos tipos de diagnóstico médico. Sea como fuere, las bases de datos son esenciales para la inteligencia artificial. La IA se adentra en su propia configuración a partir del manejo sistemático y eficiente de datos. Por ello, los algoritmos son también esenciales para su funcionamiento.

Por lo demás, es inevitable hacer referencia al ciborg, que puede convertirse en un enemigo, pero también puede ser un o una acompañante habitual. Es indudablemente real la capacidad del ser humano para adaptarse permanentemente. Pero, en el futuro soñado por los posthumanistas, los seres humanos estarán al lado de los posthumanos como los chimpancés de hoy en día están al lado de nosotros.

El ser humano ha coevolucionado siempre junto a otros muchos seres vivos. Hoy es necesario que evolucione con la tecnología. El cerebro debe estar siempre activo. Si la inteligencia artificial genera pasividad, el cerebro sufrirá daños considerables. Un ejemplo de ello lo encontramos en algo que se constató ya hace tiempo: la disminución de la talla del hipocampo en los conductores de taxis de Londres, como consecuencia del uso constante del GPS.

Se está produciendo asimismo una bipolarización de la sociedad. Así pues, por lo que podríamos denominar *discriminación tecnológica*, nos dirigimos hacia un mundo cada vez menos igualitario.

Por otra parte, será muy difícil poner en pie un ecosistema de la inteligencia artificial y la inteligencia biológica. Su coexistencia conlleva la necesidad de crear mecanismos y especialistas en la gestión de la complejidad. La preparación para desempeñar ese trabajo ha de ser considerablemente complicada. En todo caso, la perspectiva pluridisciplinar es más necesaria que nunca en ese campo de actuación.

6. CONCLUSIONES

Es imprescindible estudiar la forma en que se aproximan la cultura y el progreso científico-tecnológico. Tenemos necesidad de comprender cómo se produce o no la aceptación de las novedades tecnológicas en nuestra sociedad. Un ejemplo de ello lo encontramos en Japón, donde las ideologías animista y sintoísta hacen más fácil la aceptación de los robots por parte de los ciudadanos.

El problema central tiene profundas implicaciones éticas y puede enunciarse así: ¿cómo vivir con criaturas que son semejantes a nosotros, pero no son humanas? Según Kurtzweil el desarrollo de la IA, en sentido fuerte, será el acontecimiento crucial. Ella será la singularidad a partir de la cual todo cambiará de forma definitiva y llegará así el mundo posthumano.

Se diría que hay un cierto determinismo futurista en el posthumanismo. Pero, partiendo de las ideas de Deleuze, podemos pensar en la posible multiplicidad del mundo posthumano, en lugar de vivir en el convencimiento de su ineludible unidad. Todo eso es, sin duda, objeto de una fe individual y colectiva.

En definitiva, como sabia y sutilmente afirmó Valère Novarina, “no somos nosotros los que nacemos en el mundo, es el mundo el que nos aparece, el que nace en nosotros. En el curso de nuestra vida, somos el teatro del mundo que nace en nosotros. No morimos: el mundo se retira de nosotros” (Novarina, 1991: p. 12).

Apostemos a todos los niveles, para lograr que dicha retirada del mundo se realice después de una vida cada vez más prolongada y feliz.

7. BIBLIOGRAFÍA

Alexandre, L. (2017), *La guerre des intelligences*, Paris, JC Lattès.

Corvisier, J. N. (2018), “La vieillesse dans le monde antique : aspects démographiques et conséquences sociales“, *Cahiers des études anciennes*, LV, pp. 17 – 36.

Dagognet, F. (1997), *Georges Canguilhem. Philosophie de la vie*, Essonne, Institut Synthélabo.

Fournier, V. (2015), *Puisqu'il faut bien-mourir. Histoires de vie, histoire de mort: itinéraire d'une réflexion*, Paris, Éditions La Découverte.

Novarina, V. (1991), *Pendant la matière*, Paris, POL.

Picq, P. (2017), *Qui va prendre le pouvoir ?*, Paris, Odile Jacob.